

# Azcapotzalco y los orfebres de Moctezuma

Leonardo López Luján, Jorge Arturo Talavera González, María Teresa Olivera, José Luis Ruvalcaba Sil

Diversos testimonios históricos nos hablan de la existencia en Azcapotzalco de una larga tradición del trabajo de los metales. La arqueología, la antropología física, la arqueozoología y la ciencia de materiales lo corroboran por medio del análisis de un excepcional entierro excavado en los ochenta del siglo pasado.



Los “plateros del gran Montezuma” arrancando y fundiendo el oro que engalanaba los tesoros reales descubiertos por los españoles en el palacio de Axayácatl. *Códice Florentino*, libro XII, f. 28r.

REPROGRAFÍA: M.A. PACHECO / RAICES



### LOS PLATEROS DEL REY

En su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Bernal Díaz del Castillo se refiere en cinco ocasiones a un grupo de “grandes oficiales” de la orfebrería, a quienes denomina de manera enigmática como los “plateros del gran Montezuma”. El soldado español se limita a explicarnos que el soberano mexicana “destos tenía tantos y tan primos en un pueblo que se dice Escapuzalco, una legua de Méjico”, lugar que por ello “solíamos llamar el pueblo de los Plateros”.

En uno de dichos pasajes, Díaz del Castillo nos cuenta que Hernán Cortés mandó llamar a estos orfebres a la ciudad de Tenochtitlan, tras haber descubierto accidentalmente en una cámara secreta del palacio de Axayácatl el tesoro que Moctezuma había heredado de sus antepasados. En cuanto llegaron a la isla, el capitán les ordenó arrancar sin miramientos el oro que engalanaba imágenes divinas, armas, divisas y ornamentos de toda índole, elaborados éstos con plumas preciosas, maderas finas, pederería, ámbar, textiles y otros materiales que los europeos despreciaron mandándolos directamente a la hoguera.

...y para verlo y quitarlo [el oro] de sus bordaduras y donde estaba engastado tardamos tres días, y aun para quitarlo y deshacer vinieron los plateros de Montezuma de un pueblo que se dice Escapuzalco. Y digo que era tanto, que después de deshecho eran tres montones de oro, y pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos... Y se comenzó a fundir con los indios plateros que dicho tengo, naturales de Escapuzalco, y se hicieron unas barras muy anchas de ello, de medida como de tres dedos de la mano el anchor de cada barra (Díaz del Castillo, 1969, p. 188).

A la hora de distribuir el metal amarillo, Cortés adjudicó el consabido quinto al monarca español, otro tanto para sí y una suma indeterminada para subsanar gastos varios de la expedición. Al final y tomando como base la jerarquía individual, el capitán dividió el remanente entre sus hombres. A los soldados de a pie les tocó una suma irrisoria, por lo que algunos se negaron a recibir una dádiva que nada tenía que ver con sus mayúsculos esfuerzos y, sobre todo, con sus expectativas. Lo interesante del caso es que, terminado el reparto, los conquistadores requirieron de nueva cuenta los servicios de los orfebres azcapotzalcos, aunque ahora para que les confeccionaran a pedido individual “joyas de muchas diversidades de hechuras”, “grandes cadenas de oro y otras piezas de vagillas para su servicio”.

### EL PUEBLO DE LOS PLATEROS

Las escuetas remembranzas de Díaz del Castillo sobre los llamados “plateros de Montezuma” hacen preguntarnos por qué este experimentado grupo no residía en Tenochtitlan y laboraba, como casi todos los orfebres, en el Totocalli o Casa de las Aves, es decir, en los talleres del principal complejo palaciego de la isla. Las respuestas a esta interrogante quizás se encuentran en razones de índole económica, así como en la peculiar configuración social y política de Azcapotzalco. Recordemos, en primer lugar, que la antigua capital de los tepanecas era una pujante urbe, dotada de un entorno fértil y bien irrigado, una población cuantiosa y un denso patrón de asentamiento. Su marcado carácter artesanal se veía favorecido por la llegada constante de materias primas, productos semiprocesados y ob-

Página anterior: Escena de un grupo de orfebres. Diego Rivera, *The Marriage of the Artistic Expression of the North and of the South on this Continent*, mural, City College of San Francisco, San Francisco, California, 1940.

FOTO: L. LÓPEZ LUJÁN



Otontecuhtli, patrono de Azcapotzalco y protector de los lapidarios y los orfebres. *Primeros Memoriales*, f. 262r.  
 REPROGRAFÍA: OLIVER SANTANA / RAÍCES

jetos terminados a través de complejas redes comerciales y tributarias. De esta manera, los orfebres azcapotzalcos podían hacerse de la cera de abeja y la resina de copal para la elaboración de modelos; de metales como el oro, la plata, el cobre y el plomo en estado nativo o mineral, y del alumbre para lograr productos con superficies enriquecidas en oro. Otros de los insumos indispensables para su quehacer se obtenían en las inmediaciones de Azcapotzalco: la madera que servía como fuente calórica; el carbón, la arcilla y la arena para la confección de moldes, y el tequesquite para reducir el punto de fusión y eliminar fácilmente la escoria.

En segundo lugar, evoquemos aquí que, junto al dominante sustrato demográfico tepaneca –de cultura otomiana-matlatzinca– de Azcapotzalco, hubo una importantísima presencia mexicana en esta ciudad desde el siglo XIII hasta el XX. Dicho ingrediente poblacional tiene como hito el año de 1428, cuando Tenochtitlan venció por las armas a Azcapotzalco, quitándole su estatus de capital de todos los tepanecas y despojándola de una parte de su territorio. Desde entonces y hasta principios del siglo pasado, la ciudad quedó dividida en dos jurisdicciones, cada una con su propio *tlatoani* y diferente composición étnica: por una parte, el Tepanecapan con 12 barrios y ocupando la mayoría del sector occidental del asentamiento y, por la otra, el Mexicapan con 14 barrios y abarcando buena parte del sector oriental.



Cráneo del entierro 240 de Azcapotzalco. En su infancia le fue practicada una deformación tabular erecta superior.  
 FOTO: JORGE ARTURO TALAVERA



Esqueleto del entierro 240 de Azcapotzalco. Pertenece a un adulto de sexo masculino que tuvo una estatura de 1.63 metros.  
 FOTO: OLIVER SANTANA / RAÍCES

Los movimientos y las posiciones corporales del trabajo de los orfebres pudieron haber causado el estrés ocupacional observado en el individuo del entierro 240. *Códice Florentino*, libro XI, f. 215v.

DIGITALIZACIÓN: RAICES



a la fundición. Señalemos a este respecto que San Miguel Amantla formaba parte del Mexicapan y que se cree que allí residían también los expertos en el arte plumario.

Sea como fuere, la existencia de una tradición orfebre en esta ciudad se confirma en el hecho de que el dios ígneo Otontecuhtli –también conocido como Ocotecuhtli y Cuécuec– era tanto patrono de Azcapotzalco como protector de los gremios de los lapidarios y los orfebres. En efecto, en el folio 271r de los *Primeros Memoriales* se dice explícitamente en náhuatl “*Otontecuhtli: tlatequiliztli teocuitlapitzalitzli*”, lo que Miguel León-Portilla ha traducido como “Al señor de los otomíes: la fabricación de piedras (finas) y el fundir metales preciosos”.

De manera sugerente, las actividades metalúrgicas y orfebres se perpetuaron en Azcapotzalco a todo lo largo del periodo colonial. Efectivamente, sabemos que en los siglos XVI y XVII sus habitantes producían tanto campanas y piezas de artillería de bronce como joyas y otros ornamentos de plata, tal y como lo prueba una serie de documentos del Archivo General de la Nación estudiados por el mismo González Gómez. A este último respecto, en 1583 la Audiencia de México nombró al indígena Domingo Valeriano para vigilar que no se labrara plata sin quintar, y en 1616 el virrey Diego Fernández de Córdoba exoneró a un grupo de orfebres del servicio personal y el repartimiento para que hicieran alhajas para su propia familia. Sin embargo, el arte de la platería se fue abandonando de manera gradual y por razones económicas en favor del trabajo del bronce, generalizándose así la fabricación de campanas, clavos y goznes. Aún sobreviven hoy, empero, algunos talleres dedicados a la plata, entre los que destaca el de los descendientes del señor Juventino López en la calle Recreo, barrio de Santa María Malinalco, perteneciente al antiguo Mexicapan.



Según el f. 57r del *Códice Mendoza*, los varones recién nacidos recibían las insignias de sus futuras profesiones: la carpintería, la plumería, la pintura, la orfebrería y la guerra. En cambio, las niñas recibían como insignias una escoba y los implementos del hilado y el tejido.

REPROGRAFÍA: M.A. PACHECO / RAICES

A partir de lo hasta aquí expuesto, parecería lógico que los “plateros de Montezuma” hubieran conformado un *calpulli* tenochca vecindado en el Mexicapan, una colonia que nunca habría perdido sus vínculos originales de dependencia. Así lo apoya la propuesta de José Antonio González Gómez, en el sentido de que las actividades orfebres en Azcapotzalco habrían tenido como escenario el barrio de San Miguel Amantla, también conocido como San Miguel Ahuexotla. Se infiere lo anterior a partir de la inscripción en lengua náhuatl “*sanc miguel tlapitzac inic nazcalli io nimaual monivestiz y machiotl y cruz*”, esculpida en la fachada del templo cristiano y que incluye la palabra *tlapitzac*, alusiva

### EL SÉPULCRO DE UN ARTESANO

La tradición orfebre a la que aluden estos documentos históricos también dejó vestigios materiales, en su mayoría cascabeles e instrumentos de cobre y bronce que han sido descubiertos de manera recurrente en contextos arqueológicos de Azcapotzalco y que hoy se atesoran en diversos museos de México y el extranjero. Especialmente significativos en este sentido son los hallazgos arqueológicos realizados en el eje Refinería-Azcapotzalco entre las calles E y Tepantongo, a un lado de la estación Azcapotzalco del Metro, en el barrio de San Marcos Ixquitlan del antiguo Tepanecapan. Entre finales de 1980 y mediados de 1982, un grupo de especialistas de la entonces Subdirección de Salvamento Arqueológico del INAH exploró ahí una ocupación del Pos-

clásico Tardío (1325-1521 d.C.), y registró un total de 326 entierros humanos.

Como era de esperarse, muchos de los individuos exhumados en dicha área contaban con objetos metálicos entre sus ofrendas funerarias, destacando el personaje del llamado entierro 240. En efecto, en agosto de 1981 tocó en suerte al arqueólogo Román Chávez y al antropólogo físico Arturo Talavera excavar este sepulcro dotado de una ofrenda única en varios sentidos. Estaba asociado a un adoratorio de pequeñas dimensiones y ocupaba el interior de una fosa cavada bajo un apisonado de tierra. Se trataba de un adulto cuyo cadáver había sido flexionado y recostado sobre su flanco derecho con una orientación norte-sur. Su esqueleto tenía las huellas propias de siglos de enterramiento, con daños ocasionados por la humedad, las raíces y los hongos.

Un detallado estudio óseo, realizado en fechas recientes en la Dirección de Antropología Física, ha revelado que era un varón de 1.63 m de altura, con el cráneo deformado intencionalmente por una compresión tabular erecta superior y que falleció entre los 45 y los 50 años de edad. También es claro tras el análisis que, a lo largo de su vida, este individuo no gozó de una alimentación balanceada; así lo demuestran la hiperostosis porótica en los parietales y el occipital por deficiencias en el consumo de hierro y la criba orbitalia en las cavidades oculares por anemias severas. Además, sufrió otros proble-

mas de salud como las migrañas, distinguidas por la presencia de corpúsculos de Pacchioni en la parte interna del cráneo; un avanzado desgaste dentario, quizás debido a la ingesta de alimentos duros o fibrosos, el cual afectó las cavidades pulpares y ocasionó la pérdida de varias piezas; caries y presencia de sarro; inflamación de las encías que provocó la reabsorción del hueso; inflamación del periostio en fémures y tibias, tal vez causada por traumatismos, y procesos infecciosos en los fémures por una insuficiente circulación sanguínea.

Por si esto fuera poco, el esqueleto del entierro 240 presenta otras alteraciones patológicas generadas por el estrés ocupacional, es decir, por las actividades laborales del individuo. Se observaron varias entesopatías –afectaciones en el tejido cortical de los huesos por las inserciones de tendones y músculos– en clavículas, húmeros, radios, cúbitos y rótulas, resultantes de movimientos repetitivos que involucran grandes esfuerzos: la proyección de la espalda hacia delante y hacia atrás; la flexión de la mano con aducción y abducción del brazo; la elevación de los brazos hacia adelante con un movimiento de rotación hacia adentro; la extensión constante del codo; la firme sujeción de objetos con las manos, y los prolongados periodos en cuclillas. A nuestro juicio, tales patologías nos remiten a la cotidiana y mecánica ejecución de muy peculiares tareas artesanales.



Madera fosilizada del entierro 240 de Azcapotzalco.

FOTO: N. SANTIAGO, CORTESÍA PROYECTO TEMPLO MAYOR (PTM)



Bezotes de plomo del entierro 240 de Azcapotzalco.

FOTO: N. SANTIAGO, CORTESÍA PTM

**UNA INUSITADA OFRENDA FUNERARIA**

De acuerdo con los reportes de campo, el individuo del entierro 240 poseía la ofrenda más rica del área de excavación. Aunque carecemos de un inventario exhaustivo de este ajuar funerario, conocemos su contenido aproximado por medio de algunas descripciones textuales y fotografías de contexto. Desgraciadamente, no hemos podido dar con el paradero de algunos objetos allí mencionados, entre ellos un malacate y varios recipientes de cerámica Azteca III, una hachuela de piedra verde, una figurilla zoomorfa de chapopote, así como restos de copal y de pigmento rojo, azul y verde. Logramos localizar, empero, otros materiales en dos bodegas diferentes de la Dirección de Salvamento Arqueológico, esto gracias a los buenos oficios de la arqueóloga Trinidad Durán. Los materiales en cuestión fueron trasladados hace poco tiempo al Museo de Templo Mayor, donde los hemos podido examinar con particular detalle. Hacemos a continuación una muy breve descripción de ellos.

Por su extrema rareza primeramente atrajeron nuestra atención dos fragmentos de madera fosilizada y dos pesados bezotes metálicos. Estos últimos contienen un 100% de plomo, según concluyó el estudio de fluorescencia por rayos-x (XRF). Vale la pena acotar que el llamado *temetzli* (“Luna de piedra”) era bien conocido entre los mesoamericanos, pero muy poco utilizado. Al menos eso nos se-

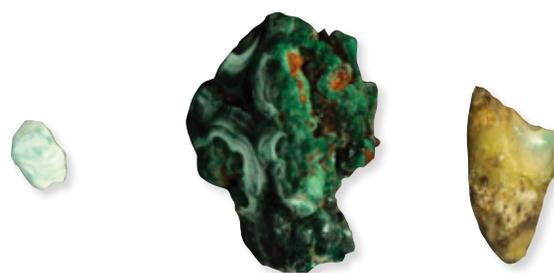
ñalan las escasas piezas de plomo que han llegado hasta nuestros días: un lingote del cenote de Chichén Itzá, un bezote adquirido en los alrededores de Taxco y otro ornamento similar en las bodegas del Museo Etnológico de Berlín. No deja de asombrarnos que la mayoría de estos objetos, incluidos los del entierro 240, sean joyas que estaban en contacto con el interior de la boca. Como es bien sabido, el plomo es altamente tóxico y su ingesta suele ocasionar daños neurológicos irreversibles, enfermedades renales, mal funcionamiento cardiovascular y problemas en el aparato reproductor. No obstante, debemos aclarar que no detectamos presencia de este metal al analizar por XRF el esqueleto del individuo del entierro 240.

Igualmente interesantes fueron los conjuntos de objetos de concha, resina petrificada y caparazón de armadillo, materiales que, junto con las piedras semipreciosas, eran empleados por los lapidarios. Sobresalen los fragmentos de caracoles (*Strombus cf. alatus* o *pugilis*, *Strombus galeatus*, *Cassia centiquadrata*, *Turbinella angulata*) y de conchas (*Pinctada mazatlanica*, *Spondylus crassisquama*, *Chama coralloides*), tanto del océano Atlántico como del Pacífico. Casi todos ellos muestran huellas de corte, perforación, desgaste o pulido. Algunos son núcleos, otros objetos en proceso de manufactura y otros más productos terminados, en su mayoría diminutas aplicaciones para ser pegadas o cosidas



Conchas marinas del entierro 240 de Azcapotzalco.  
FOTO: N. SANTIAGO, CORTESÍA PTM

Fragmentos de malaquita del entierro 240 de Azcapotzalco.  
FOTO: N. SANTIAGO, CORTESÍA PTM



Placas caudales de armadillo del entierro 240 de Azcapotzalco.  
FOTO: N. SANTIAGO, CORTESÍA PTM



a otros objetos. Agreguemos a esta lista una posible aplicación discoidal de ámbar y numerosas placas caudales de armadillo (*Dasyurus novemcinctus*), quizás incrustaciones, a las cuales les retiraron los escudos córneos, las pulieron y las abrieron.

Aún más importante para nuestros propósitos son las materias primas, instrumentos y productos acabados relacionados con la orfebrería. Con un análisis de difracción de rayos-x (XRD) realizado por Giacomo Chiari, confirmamos la presencia de varios fragmentos de malaquita, mineral del que se obtenía el cobre y que sabemos fue empleado por los metalurgistas de Casas Grandes, Chihuahua, y El Manchón, Guerrero. Mencionemos también una barra gruesa de cobre (con 9.1% de plomo) y una delgada (con 3.6% de arsénico), las cuales habrían servido como fuentes de metal puro en la fundición o como preformas.

Entre los instrumentos referidos existen algunos muy similares a los que han sido recuperados en

tumbas y talleres prehispánicos de metalurgistas en Perú y Colombia: un percutor de cuarzo verdoso, un bruñidor o embutidor de cuarzo blanquecino, un bruñidor de calcedonia rojiza, una espátula elaborada con la rama mandibular izquierda de un tapir (*Tapirus bairdii*) y otro utensilio, quizás un alisador o un bruñidor, hecho con el metapodial izquierdo de la pata de un venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*). También hay instrumentos de cobre y bronce, como un cincel (con 2.64% de arsénico y 0.44% de estaño) para cortar, labrar a golpe de percutor y repujar; una aguja (con 3.9% de arsénico y 1% de estaño), tal vez para el satinado o para perforar, delinear y marcar; un buril (con 5.5% de arsénico y 1.26% de estaño) para crear por presión surcos rectos sobre la lámina o delinear diseños que serán luego repujados, y un cascabel periforme (con 32.6% de plomo, alta concentración propia de las piezas de la Cuenca de México, la cual facilitaba la decoración con falsa filigrana).



Objetos de cobre del enterrío 240 de Azcapotzalco.  
a) Barra gruesa; b) barra delgada; c) cincel; d) aguja.  
FOTOS: OLIVER SANTANA / RAICES

El buril recién mencionado es, sin lugar a dudas, el objeto más interesante del conjunto. Se encontró junto al cráneo del individuo y orientado hacia el este. Fue identificado en el momento de la excavación como un caballero águila tallado en hueso que hacía las veces de remate en un bastón de mando o de empuñadura en un cuchillo. Su extremo funcional es una punta de bronce provista de una boca recta con doble bisel. El mango es ergonómico, pues permite una cómoda sujeción con el pulgar, el índice y el central. Éste se talló en realidad en la rama central de un asta derecha de venado cola blanca. Representa al dios Xochipilli-Macuilxóchitl (“Noble Florido, 5-Flor”), erguido sobre una flor y ataviado con alas y yelmo en forma de cabeza de ave, rematado éste por un triple tocado piramidal.

Recordemos antes de terminar que, por lo común, Xochipilli aparece en la iconografía vestido o figurado como águila real, hocofaisán o cojolite. Esta importante divinidad no sólo es patrona de la

música, la danza, el canto, el juego y el placer sexual, sino que representa al mismísimo Sol naciente y está directamente vinculada al oro y la orfebrería, lo que se ratifica en las numerosas joyas con su efigie provenientes de la tumba 7 de Monte Albán.

#### ALGUNAS CONCLUSIONES

En el contexto de la arqueología del Centro de México, el entierro 240 de Azcapotzalco es a todas luces excepcional. Su peculiar ofrenda reúne objetos relacionados con el trabajo de la lapidaria y, sobre todo, con el de la orfebrería, actividades productivas que se hacían en combinación en el Totocalli de Tenochtitlan. El individuo inhumado con estos objetos era un varón de edad avanzada, cuyo esqueleto muestra las cicatrices del esfuerzo constante que exige el trabajo artesanal. A juzgar por las ofrendas de los demás entierros, habría gozado en vida de una gran jerarquía, estatus propio de quien conoce los secretos de un quehacer altamente especializado.

Objetos de cobre y piedra del entierro 240 de Azcapotzalco. **a)** cascabel periforme de bronce; **b)** bruñidor de calcedonia rojiza; **c)** Percutor de cuarzo verdoso; **d)** bruñidor o embutidor de cuarzo blanquecino.

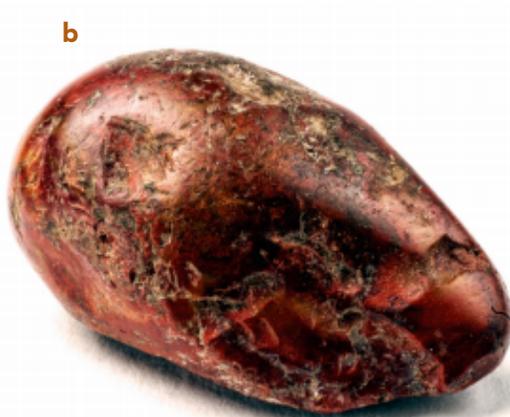
FOTO: OLIVER SANTANA / RAÍCES



**a**



**d**



**b**



**c**





En el Totocalli del palacio de Moctezuma, los orfebres, los lapidarios, los plumajeros y los pintores trabajaban en combinación. Lapidarios y orfebres en el *Códice Mendoza*, f. 70r.

REPROGRAFÍA: LILIAN STEIN / RAICES

Buril de bronce y asta de venado del entierro 240 de Azcapotzalco. El mango representa al dios Xochipilli-Macuilxóchitl erguido sobre una flor. El mango mide 8.9 cm de longitud y la punta de bronce sobresale 1.2 cm.

FOTOS: OLIVER SANTANA / RAICES



En suma, el entierro 240 nos habla en forma elocuente de esa relación indisoluble entre el individuo y su oficio, materializada aquí en el deseo de una persona de llevar sus instrumentos de trabajo al más allá... ❧

#### Agradecimientos

A Luis Jaime Castillo, Trinidad Durán, Nancy Gelover, Joyce Marcus, Aurora Montúfar, Ricardo Sánchez Hernández y Niklas Schulze.

- Leonardo López Luján. Doctor en arqueología por la Université de Paris X-Nanterre. Director del Proyecto Templo Mayor, INAH.
- Jorge Arturo Talavera González. Licenciado y maestro en antropología física, y doctor en etnohistoria por la ENAH. Investigador de la Dirección de Antropología Física, INAH.
- María Teresa Olivera. Bióloga por Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, IPN. Investigadora de la Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico, INAH.
- José Luis Ruvalcaba. Doctor en Ciencias por la Université de Namur. Investigador del Instituto de Física, UNAM.

#### Para leer más...

- CASTAÑEDA DE LA PAZ, María, "Dos parcialidades étnicas en Azcapotzalco: Mexicapan y Tepanecapan", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 46, 2013, pp. 223-248.
- CHÁVEZ TORRES, Román Aurelio, "Una zona de entierros humanos del Postclásico en Azcapotzalco, D.F.", tesis de licenciatura, ENAH, México, 1992.
- GONZÁLEZ GÓMEZ, José Antonio, "Antropología e historia en Azcapotzalco. Estudio histórico-antropológico sobre la dinámica cultural", tesis de licenciatura, ENAH, México, 2004.
- LEÓN-PORTILLA, Miguel, "Minería y metalurgia en el México antiguo", en *La minería en México*, UNAM, México, 1978, pp. 5-36.
- LÓPEZ LUJÁN, Leonardo, y José Luis Ruvalcaba Sil, "El oro de Tenochtitlan: la colección arqueológica del Proyecto Templo Mayor", *Estudios de Cultura Náhuatl*, vol. 49, 2015, pp. 7-57.
- SCHULTZE, Niklas, "El proceso de producción metalúrgica en su contexto cultural: los cascabeles de cobre del Templo Mayor de Tenochtitlan", tesis de doctorado, UNAM, México, 2008.

# arqueología

MEXICANA M.R.

www.arqueomex.com

## Azcapotzalco y Tacuba



### Los tepanecas y su herencia cultural

- Mamutes y otra fauna pleistocénica • Salvamentos arqueológicos
  - Azcapotzalco y los orfebres de Moctezuma
- Tacuba: de señorío prehispánico a colonia urbana



Exhibir hasta ENERO/10/16

VOL. XXIII-NÚM.136 \$ 60

**Un mural en Xochicalco, Morelos**

**Cruces amerindias en México y Estados Unidos**

**MENTIRAS Y VERDADES: ¿Una momia egipcia en Puebla?**

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES  
**Presidente**  
Rafael Tovar y de Teresa

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA  
**Directora General**  
María Teresa Franco

EDITORIAL RAÍCES, S.A. DE C.V.  
**Presidente**  
Sergio Autrey Maza

ARQUEOLOGÍA MEXICANA

**Directora**

María Nieves Noriega de Autrey

**Editor**

Enrique Vela

**Jefe de Redacción**

Rogelio Vergara

**Editor Gráfico**

Fernando Montes de Oca

**Investigación iconográfica**

Daniel Díaz

**Archivo de imagen**

José Cabezas Herrera

**Coeditor Gráfico**

David Villegas

**Asistencia de redacción**

José Luis Alonso, Luis Aguilar

**Asistencia de diseño**

Carlos Alfonso León

**Asistente editorial**

Ana Cecilia Espinoza

**Fotógrafos**

Boris de Swan, Marco Antonio Pacheco, Adalberto Ríos, Oliver Santana, Lilian Stein, Agustín Uzárraga

**Ilustradores**

Sergio de la Rosa

**Comité Científico-Editorial**

Sergio Autrey Maza, Ann Cyphers, Bernardo García Martínez, Leonardo López Luján, Eduardo Matos Moctezuma, María Nieves Noriega, Xavier Noguez, Nelly M. Robles García, María Teresa Uriarte Castañeda, Gabriela Uruñuela Ladrón de Guevara

**Consejo de Asesores**

Ricardo Agurcia Fasquelle, Anthony Andrews, Bárbara Arroyo, Alfredo Barrera Rubio, Juan José Batalla Rosado, Elizabeth Boone, Johanna Broda, David Carballo, David Carrasco, Luis Jaime Castillo, Robert Cobean, Ma. José Con, Ximena Chávez Balderas. Véronique Darras, Davide Domenici, William L. Fash, Gary M. Feinman, Ángel García Cook, Rebecca González Lauck, Nikolai Grube, Norman Hammond, Kenneth Hirth, Peter Jiménez, Sara Ladrón de Guevara, Miguel León-Portilla, Alfredo López Austin, Luis Alberto López Wario, Diana Magaloni, Linda Manzanilla, Simon Martin, Dominique Michelet, Katarzyna Mikulska, Mary E. Miller, Luis Millones, Lorena Mirambell, Joseph B. Mountjoy, Carlos Navarrete, Jesper Nielsen, Guilhem Olivier, Ponciano Ortiz, Edith Ortiz Díaz, Jeffrey R. Parsons, Grégory Pereira, Hans Prem, Rosa Reyna Robles, José Rubén Romero, Maricarmen Serra Puche, Peter Schmidt, Ronald Spores, Ivan Šprajc, Barbara Stark, David S. Stuart, Saburo Sugiyama, Javier Urcid, Elisa Villalpando, Marcus Winter

**Consejo Científico Fundador**

Joaquín García-Bárcena, Alejandro Martínez Muriel, Alba Guadalupe Mastache Flores, Enrique Nalda

**Coordinadores del dossier de este número**

Xavier Noguez y Bernardo García Martínez

Arqueología Mexicana es una revista escrita por profesionales de la arqueología, la historia, la antropología, la lingüística y otras ciencias afines. Todas las contribuciones son arbitradas por pares.

ISSN 0188-8218

EDITORIAL RAÍCES, S.A. DE C.V.

**Directora General**

María Nieves Noriega de Autrey

**Administración**

Ma. Emilia Lombana

**Creatividad y estrategias**

Miguel Autrey Noriega

**Ventas de publicidad**

Ana Lilia Ibarra, Gerardo Ramírez

**Circulación**

María Eugenia Jiménez, Jesús M. Govea

**Representante legal**

Angelina Cué

**Asistente de la Dirección General**

Ana Lilia Ibarra

**Información, ventas y suscripciones**

Tel. 5557-5004, Exts. 5120 y 2061, 01800-4724237

suscripciones@arqueomex.com

Editorial Raíces, Rodolfo Gaona 86, Col. Lomas de Sotelo,

Del. Miguel Hidalgo, C. P. 11200, México, D.F., Tel. 5557-5004,

Fax 5557-5078 y 5557-5004, Ext. 5163

arqueomex@arqueomex.com

**Correspondencia**

REVISTA BIMESTRAL  
Noviembre-diciembre de 2015, vol. XXIII, núm. 136



PORTADA: Cráneo de tzompantli.  
San Simón Pochtlán, Azcapotzalco.  
FOTO: OLIVER SANTANA / RAÍCES

NOTICIAS

8

RESEÑAS

12

DOCUMENTO

14

Los Molinos en Tacuba

Xavier Noguez

MENTIRAS Y VERDADES

86

¿Una momia egipcia en una  
escultura de Metlatoyuca, Puebla?

Eduardo Matos Moctezuma

© Arqueología Mexicana es una publicación bimestral editada y publicada por Editorial Raíces / Instituto Nacional de Antropología e Historia. Editora responsable: María Nieves Noriega Blanco Vigil. Certificado de Licitud de Título núm. 7593, Certificado de Licitud de Contenido núm. 5123, expedidos en la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas de la Secretaría de Gobernación. Registro postal núm. PP 09-0151, autorizado por Sepomex. Registro núm. 2626 de la Cámara Nacional de la Industria Editorial Mexicana. Reserva de uso de título núm. 1938-93. ISSN 0188-8218. Preprensa e impresión: Offset Multicolor, S.A. de C.V., Calzada de la Viga 1332, C.P. 09430, México, D.F., tel. 5633-1182. Distribución en el Distrito Federal: Unión de Voceadores y Expendedores del D.F., Despacho Guillermo Benítez Velasco, Av. Morelos 76, Col. Juárez, México, D.F., C.P. 06200, tel. 5703-1001. Distribución en los estados y locales cerrados: INTERMEX, S.A. DE C.V. Lucio Blanco 435, Col. San Juan Tilihuca, Azcapotzalco, México, D.F., C.P. 02400, tel. 5230-9500.

La presentación y disposición en conjunto y de cada página de Arqueología Mexicana son propiedad del editor. Derechos Reservados © EDITORIAL RAÍCES, S.A. DE C.V. / INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA.



Unidad Verificadora 001 por la Entidad Mexicana de Acreditación, AC  
Circulación auditada bajo la Norma Mexicana NMX-R-057-SCFI-2012.  
Medios Impresos.  
Promedio de circulación mixta certificado por Moctezuma & Asociados,  
Registro No. 47, periodo: 2013.